

Andrés KOZEL, *La Argentina como desilusión. Contribución a la historia de la idea del fracaso argentino (1890-1955)*. México, Nostromo Ediciones / UNAM, PPELA, 2008. 423 pp.

Este libro del profesor Andrés Kozel tiene por objetivo contribuir a la historia de la idea del fracaso argentino. Tópico caro al imaginario social, cultural y político de esa nación, la problemática ha tenido un último y desgarrador impulso con la crisis acaecida en 2001 en ese país. Más que explicar un fenómeno, la finalidad del autor es captar una experiencia cultural, una atmósfera caracterizada por la progresiva *desilusión* que para algunos intelectuales argentinos significó el ver cómo se malograba aquel *destino de grandeza* formulado por Sarmiento, Alberdi o Mitre en el siglo XIX. Basado en un análisis de las obras de Lucas Ayarragaray, Leopoldo Lugones, Benjamín Villafañe, Ezequiel Martínez Estrada y Julio Irazusta, el libro nos adentra en uno de los más importantes y traumáticos debates que han cruzado a la intelectualidad argentina a lo largo de la última centuria. Considerando el hecho de que, más allá de los matices, se trata de autores conservadores, una de las principales lecciones que el libro nos deja tiene que ver con la conveniencia de desplegar aproximaciones desprejuiciadas a sus obras, las cuales —aunque incómodas por diversos motivos— han tenido el mérito de penetrar y cuestionar profundamente los imaginarios, los discursos, las dinámicas, los intersticios y las fallas estructurales que caracterizan a las sociedades modernas latinoamericanas.

Desde la historia cultural, política e intelectual de un país específico, *La Argentina como desilusión* invita a repensar los múltiples interrogantes característicos de los estudios latinoamericanos, invitando además a la formulación de nuevas perspectivas sobre la historia, la cultura, el desarrollo, la modernidad e incluso la moral en la región. Sin duda, la capacidad de diagnosticar y criticar *los males* de lo que hoy conocemos como modernidad constituye una de las aportaciones más relevantes que los autores analizados en este libro pueden entregarnos en la actualidad; más aún en el presente contexto, signado por la crisis económica internacional, la degradación medioambiental, las tensiones sociales y los cambios políticos regionales. En este sentido, el lector seguramente se sorprenderá al apreciar a un Julio Irazusta, a un Ezequiel Martínez Estrada, a un Benjamín Villafañe e, incluso, a un Leopoldo Lugones cuestionando *benjaminianamente* la alocada locomotora de la historia que constituye la *civilización liberal*, ante lo cual plantean, de un modo u otro, la necesidad de aplicar un *freno* de emergencia que redireccione la historia, tal como pensaba —evidentemente que desde otra perspectiva— el filósofo alemán. Si bien las miradas analizadas en la obra enraizan, en términos generales, en una visión elitista de la historia y de la política, cabe recordar que la tematización del fracaso o de los males de la modernidad fueron inicialmente tópicos conservadores: la capacidad de observar —como diría Primo Levi— los *agujeros negros* que esconden las ilusiones del mundo moderno vino dada por la temprana distancia que pudieron tomar esta clase de autores ante las posturas iluministas y profesantes de una fe ciega en la historia, vista como proceso ascendente, lineal, optimista y universal.

Que hoy sea un lugar relativamente común la crítica a la modernidad entre los académicos de la región, no debe conducirnos a olvidar que la emergencia de semejante postura tuvo que esperar hasta la crisis del desarrollismo, el fracaso revolucionario, las guerras civiles, los golpes de Estado y sus secuelas de violaciones a los derechos huma-

nos, para que se abandonara definitivamente aquella visión lineal, progresiva e ineluctable del cambio social y del proceso histórico. En este sentido, interesante es reparar de qué manera el temprano llamado realizado por quienes integraron esta *literatura de anticipación* —si se me permite englobar a todos los autores nombrados bajo este rótulo— a desechar como única vía de desarrollo y modernización la matriz *liberal-civilizatoria*, contrasta con la tardía observación formulada por Raúl Prebisch en su último libro *Capitalismo periférico* (1981), según la cual no veía soluciones a los males regionales dentro del “sistema [capitalista] prevaleciente”.

La problemática en su conjunto cobra aún mayor relevancia hoy si tomamos en cuenta las consecuencias sociales y políticas del hasta hace poco hegemónico *pensamiento único*, cuya crisis está dando lugar a la reapertura de antiguos debates y al cuestionamiento de certezas establecidas. “Desgraciado progreso”, para Irazusta; “falsa civilización”, para Martínez Estrada; “racionalismo ordenancista” para Lugones; “puñal clavado en el corazón mismo de la patria”, para Villafañe, la crítica a la modernidad capitalista que formulan estos autores va unida a una suerte de denuncia que realizan de los atavismos que persisten y caracterizan —las más de las veces— a las elites políticas, económicas e intelectuales latinoamericanas, en particular de su obsesión por sumarse acríticamente al *tren de la historia* del momento (globalización neoliberal a fines del siglo XX; internacionalización librecambista en las postrimerías del XIX), y/o la creencia en un *proceso normativo* en tanto vía única para alcanzar las pautas de vida y de desarrollo propios de un país moderno. En relación con Lucas Ayarragaray, interesa destacar la posibilidad de tender puentes analíticos entre su obra y la de los conservadores románticos europeos, para quienes el capitalismo —mercantilizador y homogeneizador— desembocaba peligrosamente en una sociedad materialista, utilitaria y carente de espíritu y solidaridad. Postura intelectual no muy alejada de las formulaciones que autores como Norbert Lechner, Eduardo Galeano o Franz Hinkelammert han desarrollado recientemente —claro que desde otros enfoques— ante la modernización neoliberal, y que explicita —si bien entiendo— la denuncia al carácter contradictorio del proceso civilizatorio: la *barbarie* ya no estaría tanto en el pasado o en el “interior” de un espacio como en el carácter *falso* de la “barbarie sofisticada”, en parte venida del exterior (Martínez Estrada).

*La Argentina como desilusión* nos recuerda que, lejos del conservadurismo neoliberal de nuestros días —para el que sumarse a la globalización económica constituye la clave para la prosperidad material y de la democracia—, el “viejo conservadurismo” latinoamericano contuvo un componente anticapitalista, antimonopólico e, incluso en ocasiones, antiimperialista, que fue capaz, en su momento, de dar lugar a consideraciones pioneras y extremadamente agudas en relación con el carácter subdesarrollado y dependiente de nuestros países. Villafañe, Lugones, Martínez Estrada e Irazusta encarnan con propiedad la paradójica postura de aquel viejo conservadurismo, preocupado no sólo por el orden, sino también, y a veces sobre todo, por el desarrollo industrial, por la defensa de los intereses populares y de las comarcas desfavorecidas e, incluso, por la denuncia del imperialismo como factor de subdesarrollo. Si bien Villafañe vio en la democracia ampliada —“chusmocracia”— la causa directa de los males de su país, no es menos cierto que su crítica puso de relieve la ausencia de una postura nacionalista y de un programa de desarrollo en la elite argentina —centrada en favorecer los intereses porteños—, apreciación ésta que anticipa los análisis que formularan Fernando Henrique

Cardoso, Francisco Weffort o Juan Carlos Portantiero acerca del carácter heterónimo y dependiente de las elites latinoamericanas. Análogas formulaciones encontramos en un Lugones o en un Irazusta.

Por lo mismo, uno de los aspectos medulares trabajados en el libro tiene que ver con señalar el permanente desencuentro entre los intelectuales y la nación —una problemática que puede hacerse extensiva a todas las sociedades latinoamericanas. Desencuentro que constata la enorme distancia conceptual, sensitiva y temporal sobre la realidad social que tienen estos sectores, y que suele conducir “[a esos] creadores de ficciones” a impulsar toda clase de transformaciones sin reparar en los costos de la modernización. Por un lado, esta penetrante crítica a la naturalización de los costos sociales embiste contra aquella postura fáustica, característica de un segmento importante de las elites de entonces; por el otro, atestigua una sana postura intelectual de ir a contracorriente de los lugares y del sentido común de la época —de aquella y de ésta, lo cual se traduce, en el caso estudiado, en el deseo de desmontar el mito de la “excepcionalidad” argentina, para insertar a este país en un marco compartido de atraso, dependencia y subordinación. Postura intelectual —pero también moral— que deja entrever no sólo la defensa de una autonomía en el plano de las ideas, sino también la necesidad de alcanzar *otra* modernidad basada en la solidaridad y en la unión regional.

Sustentado en un sólido aparato crítico y escrito con penetrante y estilizada pluma, *La Argentina como desilusión* es un libro que convoca al lector a repensar las grandes problemáticas de América Latina, sobre todo en la medida que nos es útil para reflexionar, desde un ángulo singular, sobre la actual coyuntura de cambios económicos, ideológicos, políticos y sociales, enmarcada en los balances por los bicentenarios. En este sentido, la principal contribución de la obra radica, antes que en las certidumbres que ofrece, en las interrogantes que abre, así como en su invitación a ampliar nuestra mirada sobre el pasado y el futuro de la región. Ampliación de la mirada que puede conducir —como rescata Andrés Kozel en su estudio sobre Julio Irazusta— a detectar y comprender las *encrucijadas claves* que entroncan con los *por qué* de la periférica y subdesarrollada modernidad latinoamericana.

Omar NÚÑEZ RODRÍGUEZ